

Actividad física, nacionalismo y robustez

José Luis Pastor Pradillo
Universidad de Alcalá

Pensar que esta tríada conceptual se extinguió tras la II Guerra Mundial sería una conclusión demasiado apresurada que ignoraría una realidad que la Europa del s. XX parece desmentir. Para analizar este fenómeno, no debe engañarnos la apariencia obsoleta de la terminología sino que hemos de descubrir la verdadera naturaleza de este maridaje. En este trabajo no analizaremos de manera específica ninguna de las manifestaciones que a lo largo de la historia de la educación física se han producido sino que nos limitaremos a desentrañar aquellos nexos, causas y circunstancias que han hecho posible esta simbiosis.

1. Nacionalismo y educación física

Dos fenómenos nos parecen importantes en la génesis de este proceso: de una parte el descubrimiento de una utilidad en el ejercicio físico que superaba las viejas concepciones basadas en el espectáculo, la preparación para la guerra o el divertimento; de otra, la definición ideológica nacionalista sobre la que se vertebra gran parte de Europa tras la caída del “viejo régimen”.

En España, Francisco Aguilera, en lo que podría considerarse la primera conceptualización de la nueva noción de “*Jimnasia*”, para diferenciarla de la funambulía o gimnasia relacionada con a diversión, la define como un medio eficaz destinado a “*robustecer nuestra salud, a libertar nuestra vida, a propagar la población, a ejecutar acciones útiles al estado y a la humanidad, y a hacerse respetar y aun temer por los demás pueblos de la tierra*”.¹

Esta diversidad de objetivos se pretendió conseguir identificándolos, de manera sincrética, con el ambiguo concepto de “*robustez*” que, como prometía la infantil “*Marcha gimnástica*”, “*si ejercitamos los miembros todos/ y conseguimos gran perfección/ pronto seremos sanos y fuertes/ riqueza y gloria de la nación/ ...*”².

Robusta debería ser la juventud, la ciudadanía y la nación entendida como entidad política que utilizaba, como su principal referente, la noción de “*raza*” cualquiera que fuera su significado.

El nacionalismo, a finales del s. XIX, se entiende de manera diversa. Una versión, pretendía que la nación se fundamenta en un contrato social que, como afirma Rousseau, otorga a todos los ciudadanos los mismos derechos y deberes que les hacen iguales y soberanos. Otra, desde la inercia del romanticismo, buscará en la etnia, el lenguaje o la religión el vínculo integrador y la diferencia suficiente para conseguir una identidad incompatible con otras entidades políticas o con otros grupos sociales.

En cualquier caso, para mantener estos postulados, para llevarlos a la práctica o para reivindicarlos parecía necesario adoptar determinadas medidas y, entre ellas, se consideró pertinente la difusión de la actividad física. Se situaba este instrumento al servicio de un nacionalismo que generalmente planteará primero una autonomía y una identidad para después aspirar a una ampliación imperialista que afiance su “*grandeza*”. Para conseguir este fin implícito en su naturaleza habría de disponer de un ciudadano capaz de afrontar con éxito semejante empresa, con un cuerpo social individual y genéricamente robusto.

Si, como afirmaba el Conde de Villalobos, discípulo de Amorós, la *“Gimnasia”* era útil para menesteres tan fundamentales como, en definitiva, suponía la fortaleza de la sociedad, de su ciudadanía, de sus madres, de sus obreros y de sus soldados y, por ende, de la nación entera, parecería lógico que no fuera dejada al albur de las circunstancias o de la *“industria”*. Por tanto, pronto incluiría el Estado entre sus competencias el control de la educación física a través, fundamentalmente, de dos formas de actuación: la labor de fomento y las funciones de policía sobre sus actividades ejerciendo el control de su presencia social.

Ambos tipos de actuación facilitaron una fácil contaminación ideológica que, en la medida en que coincide con el nacionalismo, instrumentaliza la actividad físico-deportiva otorgándola nuevas significaciones. Simbólicamente, el deporte representará una eficaz ocasión para ejecutar actuaciones fundamentales para la afirmación nacionalista, para identificarse entre sí los miembros de la *“horda”*, para participar conjuntamente en rituales que potencien el aspecto solidario imprescindible para su percepción con actuaciones como la defensa territorial, la valoración de la dignidad nacional en función del resultado de la confrontación competitiva, la disolución de la individualidad en el sentimiento segurizante del grupo, etc.

2. La robustez

Este paradigma es uno de los que primero se utilizan para resumir la totalidad de los valores que a la educación física o a la actividad físico-deportiva se le suponían y, por consiguiente, sincretizaba los fines principales que la práctica del ejercicio físico permitiría conseguir. Al menos hasta mediados del s. XX hizo referencia a la consecución de un estado óptimo que ha de entenderse desde la perspectiva integral.

Mientras que el modelo utilizado para entender la naturaleza humana fue de carácter dualista podría parecer que la *“robustez”* aludiese exclusivamente a la dimensión orgánica del hombre y, sin embargo, si analizamos detenidamente la literatura de la época, podremos comprobar como la temprana vocación educativa que caracterizó a la Gimnástica primero y a la Educación Física después no descuidará la dimensión moral lo cual representa una de las paradojas conceptuales que aun hoy no ha sido resuelta metodológicamente en su totalidad. En un contexto educativo que responde a la estructura propuesta por el modelo integral parecería que la educación física debería ocuparse en exclusividad de la parte somática y, sin embargo, si analizamos con detenimiento su evolución epistemológica podremos comprobar como muy frecuentemente la verdadera justificación de su presencia en la actividad social o en el universo educativo se argumentó con una pretendida eficacia para transmitir valores. A menudo, en el modelo de educación física que se desarrolla en estos años, su fin se desplaza de la consecución de objetivos higiénicos hacia otros relacionados con la formación del carácter de la juventud facilitando así una nueva ocasión para.

Por tanto, por robustez deberá entenderse un cúmulo de cualidades físicas que, a menudo, son la expresión coherente de determinadas virtudes éticas de tal forma que, según los casos, la época o la ideología desde donde se analice, el mayor énfasis se desplazará alternativamente a cada una de las dos dimensiones. Sería la expresión de una especie de *“vigor”* gracias al cual el hombre afrontaría en mejor situación su propia realización vital como persona y ciudadano y, consecuentemente, contribuiría con mayor eficacia al fortalecimiento de una nación necesitada de conseguir una identidad distinta y diferenciada capaz de recuperar aquella *“arcadia”* feliz y primigenia y la *“edad de oro”* perdida en un bucle melancólico

3. La raza

Identificar nación y raza, cualquiera que sea la acepción que se atribuya a este término, es algo inevitable. La actividad física se reconocía como un método eficaz para regenerar aquellos aspectos responsables del estado, siempre insatisfactorio, de la nación. Desde la demagogia nacionalista, sólo los perjuicios producidos por los sempiternos enemigos de la patria o las consecuencias de la degeneración de la podrían explicar el estado de postración con el que habitualmente se argumenta el victimismo nacionalista. El Dr. Saimbraum, cuando recomienda la práctica de la gimnasia sueca, descubre la causa final de la decadencia española que atribuye a “como degenera nuestra raza”³:

“Comparad a los payeses de la montaña con los obreros de Barcelona, al baturro de los campos con el obrero zaragozano, y veréis cuantos centímetros menos de diámetro torácico y muscular tiene el cuerpo del desgraciado obrero ciudadano. Comparad los andaluces de las sierras de Sevilla y Cádiz; a los americanos del bosque y de las pampas con los burgueses de las capitales y observareis esa degeneración rápida de la raza. Y es que los habitantes de las ciudades, lo mismo en España que en América latina, no cultivamos como debiéramos la conservación y desarrollo de nuestro cuerpo mediante los adecuados ejercicios. Y ésta, si la estudiamos bien, es la raíz, la causa de nuestra inferioridad con respecto a los sajones. No solo de la inferioridad puramente física, sino como secuela forzosa de ésta, de la industrial, de la comercial, de la intelectual (...). De generación en generación va aumentando la decadencia física de nuestra raza, sumándose en el nieto las del padre y del abuelo y la suya propia. Así vamos a un raquitismo endémico, es decir, normal, nuestro, que legará a formar ¡oh desgracia! parte de nuestra sustancia.

Y esto será la muerte de nuestra raza.”

4. El regeneracionismo

Como vemos, al nacionalismo siempre le pareció una empresa urgente la regeneración de la raza, de la sociedad, del pueblo y de la nación coincidiendo de alguna manera con la corriente regeneracionista que pronto se concreta en dos versiones: una más preocupada de la dimensión biológica y otra más interesada por los valores éticos y ciudadanos que deberían orientar la actividad social.

La versión que pretendía mejorar la raza como consecuencia de la depuración del código genético tuvo su propuesta más representativa en la Eugenesia, o “buena generación”, de Sir Francis Galton cuyo estudio se refería a los “medios que, bajo el control social, puedan mejorar o determinar física e intelectualmente la calidad de la raza en las generaciones futuras”⁴. En la otra versión, la de inspiración krausista que en España difunden Macías Picabea, Joaquín Costa o Marota, priman los objetivos éticos necesarios para implantar una especie de moral laica y la más justa integración del hombre en la sociedad.

La educación física, en una medida variable, según cuales sean los distintos contextos históricos o geográficos, participa de las propuestas de ambas versiones aunque, al menos en España, terminará adquiriendo mayor peso la segunda, especialmente durante el régimen de Franco donde los objetivos higiénicos, como consecuencia del aumento de la calidad de vida, ya no se mostraban tan urgentes.

Será, por tanto, un fin permanente del nacionalismo reclamar la necesidad de regenerar la raza⁵: “*¡Hacer raza!. He aquí el problema que ocupa a los que ven claro en el porvenir de las sociedades y de os pueblos, a todos os gobiernos de las naciones civilizadas, pues por sabido se calla que las razas fuertes aniquilarán a las débiles*”.

5. Los valores

Desde la significación claramente biológica e higiénica con que se identifica el éxito de la crianza del s. XVIII hasta la configuración del carácter y de la idiosincrasia racial característica de los nacionalismos, incluidos los del s. XXI, la robustez ha integrado un constructo de distintos valores con los que, cualquiera que fuera su denominación, ha ido actualizando su definición. La robustez, como fin último de la educación física, ha concretado la manifestación de unos objetivos que, habitualmente, se relacionan con los siguientes valores:

- Valores higiénico-sanitarios
- Valores pedagógicos y, dentro de ellos, aquellos relacionados con las cualidades de la personalidad, la educación del espíritu y la formación del carácter.
- Valores cívicos que, a menudo, se identificaban con el “*renacimiento físico*” que propusiera Pedro de Alcántara⁶.
- Valores patrióticos que resaltarán la idiosincrasia de la nación, la identidad nacional y la diferenciación del exogrupo.

6. La instrumentalización nacionalista

Para conseguir esta influencia sobre la sociedad pronto se generan distintos mecanismos. Inicialmente, durante el s. XIX se recurrirá sobre todo a dos: la inclusión de la educación física en los currícula educativos y el desarrollo de los gimnasios.

Estos últimos serían la creación más genuina de lo que podría calificarse de gimnasia civil aunque, quizá, su decadencia evidenció su imposibilidad de compartir el espacio y la función social con el deporte por su escasa capacidad para explicitar y representar en el imaginario colectivo la totalidad de los valores a los que hacíamos alusión con anterioridad.

Al margen de estas consideraciones, si tuviéramos que seleccionar una característica permanente entre el nacionalismo y la expresión de la robustez, ésta sería, sin duda, la que expresara la mejor disposición de la “*raza*” para alcanzar aquellos objetivos fundamentales para conseguir realizar el proyecto nacional.

El nacionalismo podrá constituirse desde planteamientos más o menos radicales o xenófobos y podrá expresar el fin de su proyecto desde inspiraciones políticas e ideológicas diversas pero, en todos los casos, la educación física ha de posibilitar la consecución de un destino, ha de dotar al ciudadano de aquella condición necesaria para abordar la empresa de evidenciar la diferenciación racial, política o cultural de la nación. Las virtudes que garantizan ese reconocimiento describirán una peculiar morfología en la que es fácilmente reconocible la alta cualificación moral de unas personas que, con demasiada frecuencia, sospecharan pertenecer a un “*pueblo elegido*”.

7. Conclusión

Podemos terminar ilustrando estas afirmaciones con tres planteamientos distantes entre sí en el tiempo o en la fundamentación ideológica de su argumentación y, por tanto, representativos de tres formas de entender el nacionalismo y los fines de la educación física en general.

El inefable escolapio Lasalde, en su propuesta para la enseñanza de la Educación Física, afirmaba⁷:

“... si para graduarse en bachiller van a exigir en Francia ciertos ejercicios gimnásticos ¿qué inconvenientes habría en exigir unas cuantas suertes del toro, algunas banderillas y el salto de la garrocha? La presencia en París del Gordito y su cuadrilla, y la próxima apretura de la plaza de toros de la Exposición, constituye una oportunidad excelente para que la Liga de la Educación Física estudie este plan que le sometemos. ¡A qué revolución asistiríamos en todos los liceos de Francia!. Nuestros más famosos diestros serían naturalmente solicitados por el Ministerio de Instrucción Pública para dirigir las primeras plazas de toros que se crearán, o mejor dicho, las primeras cátedras de educación física”.

A esto, la misma revista apostillaba que “el mal (la gimnasia) ha cundido bastante. En algunas partes con el título del método Fröebel se ha apoderado de las escuelas de párvulos, y en otras, con pretexto de formar hombres robustos ha invadido los colegios ... Si la educación ha de tener algo de nacional (según estas teorías europeas), sería necesario establecer en nuestras escuelas de España la enseñanza del palo en la Montaña, la del garrote en Aragón, la de la navaja en los barrios bajos de Madrid, la de la faca en Andalucía, y en todas partes la capa y las banderillas. Esta doctrina está muy conforme con la de Herbert Spencer, que como saben los lectores, es tenido en España como uno de los santones más ilustres de la pedagogía moderna o como si dijéramos, materialista”⁸.

Como hemos visto, superar la “*depauperación de la raza*”⁹ exigía medidas enérgicas y eficaces para poder confirmar la veracidad de una creencia sobre algún tipo de superioridad de su estirpe y así hacer realidad la totalidad del mito aunque su vivencia de la excepcionalidad solo se realizara de manera emocional y subjetiva¹⁰:

“Nada tan bello como un joven vasco moviéndose animadamente en el frontón de pelota. Su distinción racial, su proporcionada arquitectura física, su esbeltez y fortaleza cobran entonces un realce admirable (...) Creación admirable de la raza, el pelotari, el más bello tipo de deportista popular que ha podido haber en la época moderna, recorre el mundo entero con su magistral figura”.

Cuando en 1943, en el I Congreso Nacional de Educación Física, el régimen franquista pretende una nueva definición, la ideología entonces imperante en el partido único no tiene reparos en reclamar esta actividad como instrumento eficaz para conseguir un hombre nuevo capaz de alcanzar el sagrado destino de una patria sólo comprensible desde una concepción trascendental¹¹:

“Así pues, la cultura física se convierte en un sistema ascético novísimo, capaz de hacer obedecer a nuestros músculos, fibra por fibra y nervio por nervio, a las voces

del espíritu (...) y así la teoría falangista da al cuerpo lo que es del cuerpo y al alma lo que es del alma, transformando el concepto antiguo y moderno del ejercicio físico al darle tradición hispánica, sentido que nos permitiría utilizarle como medio obligado y el más eficaz para servir a la vez a nuestro destino individual –a salvación del alma- y a nuestro destino como españoles –la misión católica ante el mundo- concepto que obligará a todo español a considerar su práctica como un deber para con su alma, para con su Patria, para con Dios”.

¹ Conde de Villalobos: *Ojeada a la gimnasia*, Madrid, 1842, p. 25.

² Niño y Viñas, Lorenzo: *La Escuela Primaria y la Educación Física*, Salamanca, 1915, p. 130.

³ Saimbraum, (Dr.): *Salud, fuerza y belleza por medio de la gimnasia sueca*, Barcelona, 1912, p. 28.

⁴ Blanco y Sánchez, Rufino: *Teoría de la educación*, Madrid, s.a., p. 285.

⁵ Conradi, Alberto: Prólogo, en: Müller, P.: *Mi sistema. 15 minutos de trabajo diario para la salud*, Madrid, 1919, p. 9.

⁶ Alcántara García, Pedro de: “Llamamiento”, *La Escuela Moderna*, 88, (1898), 5-6, p.5.

⁷ Lasalde, Carlos: “Enseñanza de la Educación Física”, *Revista Calasancia*, 21, (1889), 247-278, p. 251.

⁸ *Ibid.*, p. 278.

⁹ Estil: “Ayer y hoy de la Educación Física. Se despereza nuestra raza cuando en todas las escuelas los profesores habitúen a sus discípulos a prácticas de deportes higiénicos”, *Revista Española de Educación Física*, 52, (enero, 1954), s.p.

¹⁰ Salavarría, José María: Los nidos de los pelotaris, en: *Lo admirable de Guipúzcoa*, Bilbao, 1932, p. 48.

¹¹ Almagro, Antonio: Sobre el concepto de Educación Física dentro del sentido español y falangista de la vida, en: *Memoria-resumen de los temas científicos del I Congreso Nacional de Educación Física*, Madrid, 1943, p. 443.